Pasado y Memoria
ISSN: 2386-4745
Núm. 26, 2023, pp. 256-278
https://doi.org//10.14198/pasado.22872 *Estudios*

El «Sindicato» y la captura de Francia. *Le Triboulet* y la percepción del «Estado profundo» en el espacio antiliberal (1880-1907)*

The «Syndicate» and the seize of France. *Le Triboulet* and the perception of the «Deep State» in the antiliberal space (1880-1907)

Joan Pubill Brugués
Avignon Université, Francia / Universitat Autònoma de Barcelona, España
joanpubillb@gmail.com
https://orcid.org/0000-0003-0854-3782

Recibido: 15/06/2022
Aceptado: 18/11/2022

Cómo citar este artículo: PUBILL BRUGUÉS, Joan (2023). El «Sindicato» y la captura de Francia. *Le Triboulet* y la percepción del «Estado profundo» en el espacio antiliberal. *Pasado y Memoria*, (26), pp.256-278, https://doi.org/10.14198/pasado.22872

Resumen

A través de la figura del «Sindicato» concebida por el semanario orleanista *Le Triboulet*, el objetivo de este trabajo es reflexionar sobre la percepción que tuvieron los sectores antiliberales respecto a la existencia de un «Estado profundo» que controlaría el devenir de Francia para sus intereses. En este sentido, el trabajo pretende repensar el mito del «complot judeo-masón», propagado con fuerza en el período histórico

* Este texto parte de las ideas de la comunicación homónima presentada en el taller «Las sombras del poder. Deep State, redes de influencia y captura del Estado en Europa y América» en el congreso La Historia habitada. Sujetos, procesos y retos de la Historia Contemporánea del siglo XXI de la AHISTCON, Córdoba, 2021. La versión definitiva se ha enfocado como parte del proyecto postdoctoral Margarita Salas de su autor.

©2023 Joan Pubill Brugués

Este trabajo está sujeto a la licencia de Reconocimiento 4.0 Internacional de Creative Commons (CC BY 4.0).

que abarcó los mayores escándalos políticos de la Tercera República, más allá de la retórica paranoide o xenófoba. También se propone comprenderlo como la codificación del disfuncionamiento entre cuerpo nacional y cuerpo político que derivó de unas impresiones sesgadas sobre las transformaciones profundas acaecidas durante la modernidad. Los avatares de «judío» y de «masón» se convertirían, de este modo, en categorías antimodernas que encapsulan el odio hacia quienes se consideraban los dos pilares de los regímenes liberal-parlamentarios: el «dinero» y el «secreto».

Palabras clave: Le Triboulet; Teoría del complot judeo-masón; Antiliberalismo; Estado Profundo; Modernidad; Antiparlamentarismo.

Abstract

Through the figure of the «Union» conceived by the Orleanist weekly *Le Triboulet*, this paper is aimed at reflecting on the perception of the anti-liberal milieux regarding the existence of a «Deep state» controlling France for its own interests. In this sense, the purpose is to rethink the «Judeo-Masonic conspiracy theory» widespread during the historical conjuncture of the big political scandals, beyond the paranoid or xenophobic rhetoric. A second aim is to examine it as a codification of the dysfunction between the national and the political bodies which derived from some biased impressions on the profound transformations triggered by modernity. Thus, the avatars of «Jewish» and «Freemason» became antimodern categories which encapsulated the hatred towards what were considered the two pillars of the liberal-parliamentarian regimes: «money» and «secret».

Keywords: Le Triboulet; Judeo-Masonic conspiracy theory; Antiliberalism; Deep State; Modernity; Anti-parliamentarism.

Una introducción. *Le Triboulet* y la construcción mediática de la crítica antiliberal contra el régimen

El 10 de noviembre de 1878, salió publicado el primer número de *Le Triboulet*. Este semanario satírico con numerosas caricaturas y abundantes comentarios de la actualidad política a cincuenta céntimos el número fue fundado por James Harden-Hickey, extravagante magnate y propietario de la isla de Trinidad, un americano de origen irlandés que, al adquirir la nacionalidad francesa, se convirtió en un furibundo partidario del conde de Chambord.[1] Mordaz e irreverente hasta el punto de valer el exilio forzoso de su director y fundador en 1880 después de más de veinte demandas,[2] *Le Triboulet* se presenta

1. Le Roi d'Yvetot, «Miettes de l'histoire. Le roi de la Trinidad», *Le Gaulois*, 30 de julio de 1895, p. 1.
2. Sobre la expulsión: Tout-Paris, «La journée parisienne. L'expulsé d'hier», *Le Gaulois*, 10 de agosto de 1880, pp. 2-3.

al historiador como un campo de estudio abonado para examinar cómo los sectores antiliberales comprendieron y conceptualizaron el funcionamiento contradictorio del Estado, es decir, la disociación entre nación y representación, a través de la construcción del mito del «complot judeo-masón». El interés que suscita *Le Triboulet* se desprende de su naturaleza poliédrica, de su función como encrucijada ideológica.[3] A pesar de inscribirse en el orleanismo, el semanario se hizo eco y difundió las tesis de las otras grandes familias intelectuales antirrepublicanas. Entre sus páginas, se encuentran publicitadas las obras de socialistas antisemitas como Henri Rochefort,[4] de nacionalistas antiparlamentarios como Maurice Barrès,[5] de populistas racialistas como Édouard Drumont,[6] de corporativistas como Firmin Bacconnier y su *Avant-Garde royaliste*[7] y las nuevas aportaciones doctrinales de Charles Maurras y los «nacionalistas integrales» de la *Action française*.[8]

De este modo, *Le Triboulet* se convierte en una fuente privilegiada para observar la crítica antiliberal al régimen republicano en una coyuntura histórica de «fiebre nacionalista» (Winock, 1986: 142)[9], de conformación de lo que Zeev Sternhell definió como «derecha radical» (1978: 7). No en balde, la hoja gozó de una enorme popularidad entre 1880-1890 (Mermet, 1880: 333-334), ese lapso temporal considerado por los contemporáneos como «la Época del Papel»[10]. Su éxito se incardina, precisamente, en un periodo histórico donde se modelaba el «campo intelectual», proyección en el plano de las ideas del «campo político» y, por consiguiente, un «campo de luchas» (Sapiro, 2014: 25). Debido a la creciente polarización civil animada por la movilización de la opinión pública (Charle, 1991: 65-71), el semanario orleanista se convirtió, en los años de agitación contra el capitán ultrajado, en uno de los muchos órganos de la nebulosa *antidreyfusarde* que encarnaban las nuevas tendencias nacionalistas (Joly, 1983: 311-364). Demostración del «poder de la Prensa» (Boussel, 1960: 9), el afer Dreyfus fue el corolario de un sentimiento visible, latente e

3. Para una aproximación a la recepción de las ideas, ver: Tancrède, «Turc contre Maure», *Le Triboulet*, 27 de enero de 1907, pp. 6-8 e ÍD., «Nos raisons de siffler», *Le Triboulet*, 5 de mayo de 1907, pp. 6-8.
4. «Chronique du Triboulet», *Le Triboulet*, 14 de febrero de 1886, p. 3.
5. Elespuru, «Une journée parlementaire», *Le Triboulet*, 28 de enero de 1894, pp. 8-10.
6. Chicot II, «Le testament d'un antisémite par Édouard Drumont», *Le Triboulet*, 29 de marzo de 1891, p. 4.
7. Henri d'Echarvine, «République et liberté», *Le Triboulet*, 2 de agosto de 1903, pp. 6-8.
8. «Ça et là», *Le Triboulet*, 17 de enero de 1904, p. 12.
9. Todas las traducciones del francés y del inglés son del autor.
10. Félix Vallotton dibujó para la cubierta de *Le Cri de Paris* (23 de enero de 1898) una imagen intitulada «L'Âge du Papier» donde reflejaba la lectura ávida de los periódicos por parte de la ciudadanía.

incluso preconizado por una «difusión muy amplia de declaraciones hostiles y estereotipadas» (Angenot, 1995: 88). Como las otras tribunas *antidreyfusardes* (Rioux, 1998 [1994]), *Le Triboulet*, en tanto que medio de propaganda, supo construir, más que reflejar, una corriente de opinión galvanizando el amplio y heterogéneo descontento popular contra el statu quo mediante un claro sesgo populista.

Por consiguiente, los análisis políticos de sus redactores y colaboradores permiten, a través de la figura del «Sindicato», hacerse una idea fehaciente del significado, del abasto y de la contingencia del mito del «complot judeo-masón» en tanto que relato de desconcierto y de disgusto respecto de unos procesos socioeconómicos y de unas dinámicas políticas que no se terminaban de entender, pero que se repudiaban y se odiaban por funestas, y que proyectaban la angustia que experimentaban amplios sectores frente a la consolidación del sistema liberal-capitalista. No debe olvidarse que las deslegitimaciones de los regímenes, como ha señalado Michel Dobry, se cimentan primordialmente en la deserción de actores estratégicos del Estado y no en una opinión pública desfavorable o crítica, la cual suele preceder siempre a los hechos (2002: 103-120). Sin embargo, es el «golpe mediático», a través de lo que se ha denominado «un proceso de la opinión» (Kalifa, 2009: 92), es decir, el uso partidista de los acontecimientos, el encargado de construir un relato y poner el grueso de la sociedad frente a la transgresión de la norma (Blic y Lemieux, 2003: 9-38). Esto no significa que el mensaje que se propaga, en este caso «la captura de Francia por parte de un poder oculto», no sea *creído*, más allá de ser creíble o no, ajustado a la realidad o no. El equipo de *Le Triboulet* fue muy consciente que el rol de la prensa tenía que ser «decir la verdad y nada más que la verdad», lo que significaba «atacar los vicios, las hipocresías y las monstruosidades del cuerpo social con el coraje de un estudiante de medicina que opera en la disección de un cadáver»[11].

En definitiva, *Le Triboulet*, arraigado en ese espacio antiliberal, en esa cultura política de «rechazo a la modernidad» que se sintetizó en el antidreyfusismo (Sternhell, 1995: 67-76), permite adentrarse en la paranoia y ver en las «teorías de la conspiración» con las que se querían explicar los diferentes escándalos políticos, desde las decoraciones a las inmoralidades de las fichas, pasando por Panamá o el afer Dreyfus, un miedo palpable, empírico, a los procesos secularizadores del poder público y, por ende, como una reacción (ir)racional a los peligros y abusos que podían derivar de ellos. Es en estas coordenadas mentales

11. Tancrède, «La presse libérale et son rôle politique», *Le Triboulet*, 22 de diciembre de 1901, p. 5.

que deben leerse las denuncias incesantes al «Sindicato» como la expresión de un desasosiego ampliamente compartido debido a los disfuncionamientos de la representatividad, a las malas praxis institucionales, al pálpito de ver que se formaba, en torno al poder, un «Estado dentro del Estado». Una inquietud que cristalizó, en las postrimerías del afer Dreyfus, en la creencia que la Tercera República mantenía una «razón de Estado antinacional».

Diseccionando el histrionismo. El complot judeo-masón o la inquietud del presente

La decisión gubernamental de restituir el capitán ultrajado el 12 de julio de 1906, la reacción lógica a la demostración de la inocencia de Alfred Dreyfus, se vivió como la culminación de la captura de la nación por parte de los sectores *antidreyfusards* y sus intereses partidistas. «La judeo-masonería ha tomado como pretexto la rehabilitación de un traidor», afirmaron desde *Le Triboulet*. Para lograr ese «terrible ideal», «ha sabido apoderarse de la mentalidad de nuestros gobernantes y convertirlos en sus fieles lacayos»[12]. Aunque a primera vista los factores explicativos hacen pensar en «la mala fe» o en «la ignorancia», como indicó Anatole Leroy-Beaulieu, no es menos cierto que el sintagma encapsulaba una «doctrina de odio» (Leroy-Beaulieu, 1902: 90). La evocación a un complot respondía al hecho de no aceptar, más que de no entender, las lógicas detrás del orden liberal-capitalista. Tal y como subrayó Richard Hofstadter, «el rasgo distintivo del estilo paranoico no se encuentra tanto en que sus representantes vean conspiraciones y complots aquí y allí a lo largo de la historia, sino al hecho de que, a sus ojos, una 'vasta' y 'gigantesca' conspiración constituye *la fuerza motriz* de los hechos históricos» (1963: 29). El argumentario, por absurdo que pueda parecer, se regía por una lógica discursiva interna.

Esta puntualización es axial para comprender qué se escondía bajo el histrionismo, porque esas «representaciones fictivas» de «la mentalidad conspiracionista» revelan un sistema de pensamiento y de acción (Moscovici, 1987: 151-169). Es importante subrayar que el argumentario conspiranoico tenía una «función cognitiva»: hacía «entrar en lo racional» aspectos complejos a partir de simplificaciones (Taguieff, 2005: 29, 80). El «complot judeo-masón» servía de «factor explicativo», ya que sus «características están relacionadas con la invisibilidad, el misterio y el secreto que se le atribuía» (Domínguez Arribas, 2009: 406). En calidad de su naturaleza hipermoderna a la vez que antimoderna (Danblon, 2010: 52-72), la retórica conspiracionista es inseparable de

12. Lucius, «Restez donc chez vous», *Le Triboulet*, 24 de marzo de 1907, p. 4.

los procesos de modernización porque hacía explicables e inteligibles unos «miedos colectivos» palmarios al presente (Girardet, 1990 [1986]: 25). La creencia de estar bajo control de unos poderes fácticos no deja de ser una expresión de repudio a asumir una realidad cambiante y transformada, un «chivo expiatorio» (Reinalter, 1998: 301-320). De esta forma, categorías fantasmagóricas como judío o masón no son más que avatares de la modernidad, esencias conceptuales del dinero y del secreto (Pipes, 1997: 131-134). No en balde, fue en el asentamiento implacable de la modernidad cuando las alusiones a la existencia de una jerarquía paralela o de entidades de presión perenes se multiplicaron a derecha y a izquierda del espectro ideológico. Sin ir más lejos, Jules Guesde denunció que «la Casa de la calle Laffitte», propiedad de los Rothschild, «es la verdadera, única Casa de Francia, cuya inviolabilidad no necesita ni ser establecida por una ley» porque era «preexistente a todas las leyes –que ella domina o suprime».[13]

La visión paranoica del mundo, como subrayó Hannah Arendt, se traducía en eslóganes de propaganda ideológica partiendo de la creencia que las fuerzas reales de la vida política residen en movimientos e influencias ocultas detrás de las escenas (1958 [1951]: 108). Siguiendo la línea interpretativa de Martin Parker, las teorías del complot se pueden abordar como una «hermenéutica de la sospecha», como una «crítica de la ideología» (2000: 202). Si bien el empleo de figuras complotistas rae en «la necesidad epistemológica de encontrar una respuesta rápida y clara a un problema» (Kruglanski, 1987: 475-497), los mismos emisarios de la «teoría conspirativa de la sociedad» presentan su interpretación factual con el fin de «descubrir individuos y grupos que están interesados en el suceso de un fenómeno» (Popper, 2011 [1945]: 306), de «atravesar las cortinas de humo» detrás de las apariencias (Angenot, 2008: 337). Bajo esta perspectiva, el presente texto pretende ofrecer una interpretación del «complot judeo-masón» como una lectura figurativa del funcionamiento de los resortes opacos que la literatura académica ha definido como «Estado profundo», es decir, un «supramundo», un círculo de contactos de alto nivel donde el poder político es susceptible de ser dirigido por gente muy rica (Scott, 2007: 4).

Aplicar este planteamiento no resulta forzado. Con todo, es imprescindible separar la ficción de los sustratos analíticos. De este modo, podría emplearse como base para una «análisis de política profunda», paradigma que serviría para «ir más allá de las restrictivas y unificadas explicaciones» de las ciencias políticas al ser «esencialmente una extensión de los métodos políticos de investigación convencionales» (Scott, 1996 [1993]: 17). Si bien el relato

13. Jules Guesde, «Lèse-Rothschild», *Le Cri du Peuple*, 17 de junio de 1886, p. 1.

conspiracionista se fundamenta en la premisa tocqueviliana que «una idea falsa, pero clara y precisa, tendrá siempre más fuerza en el mundo que una idea verdadera, pero compleja» (Tocqueville, vol. I, 1835: 280), no es menos cierto que la paranoia que impelía esa «causalidad diabólica» de la que habló Poliakov (2006 [1980-1985]: 20-50) reposaba sobre un lecho de evidencias que no podían negligirse a finales de siglo, cuando se revelaron con contumaz crudeza los «pasillos» entre los intereses privados y las decisiones públicas[14]. En 1914, Maurice Barrès llamó «la cloaca» a los intereses político-financieros que intervinieron en el afer Rochette. En su punto de mira, el fraude perpetrado por Henri Rochette se difuminaba al observarse el ascendente de «personalidades poderosas» que promovieron «la intrusión de la política en el ejercicio de la justicia» hasta el punto de convertir la institución parlamentaria en «un ejemplo de inmoralidad pública» (1914: 58, 54, 88). Precisamente, la noción de «Sindicato» desarrollada por *Le Triboulet* entre 1880 y 1907 tuvo como objetivo poner al descubierto la falacia detrás de la premisa axiomática republicana tan bien definida por Claude Nicolet: que «el Estado, entendido en un sentido muy similar al del término República, designa verdaderamente la 'cosa pública', lo que interesa a la vez a todos miembros de una sociedad» (1982: 459).

Aunque los estudios sobre el «Estado profundo» se han centrado en regímenes políticos contemporáneos, las claves interpretativas pueden trasplantarse en la Francia del cambio de siglo porque, en definitiva, abordan la misma problemática derivada de la modernidad: la sempiterna antinomia entre la soberanía y la representación. Charles Maurras presentó la aporía al enfrentar el «país real» con el «país legal»[15]. Insistiendo en que las decisiones públicas estaban dominadas por núcleos de presión que escapaban a la autoridad de la soberanía o que, incluso, eran quienes detentaban el poder, los antiliberales invirtieron la crítica secular ilustrada y progresista a los privilegios eclesiásticos y nobiliarios[16]. Blanc de Saint-Bonnet afirmó que «el país real desaparece» debido a que «eso que aquí se llama (en régimen parlamentario) una representación de Francia no es más que una representación de todos los ambiciosos de Francia» (1873: 409). «Un Estado se dibuja dentro del Estado», advirtió Gougenot de Mousseaux en 1869, y el origen del mal no era otro que el «oro el que nos corrompe» (1869: 16). La política estaba capturada por «la gran banca

14. Ver los estudios de Jeanneney (1981) y Monier, Engels y Dard (2014).
15. Charles Maurras, «La Politique», *L'Action française*, 4 de septiembre de 1942, p. 2.
16. Voltaire denunció que la Iglesia católica «ha intentado de hacer un estado dentro del estado, un imperio dentro del imperio». Voltaire [François-Marie Arouet] (1817) [1764]: 795. Esta idea fue retomada fue retomada un siglo después: «Como nunca antes, el clero tiende a constituir un Estado en el seno del Estado». En Génin, 1847: 91.

semítica», poseedora de «la fortuna pública», la que nombraba a «prefectos, jueces, tesoreros, oficiales porque tienen el oro que corrompe»[17]. La corrupción institucional no hizo sino alimentar el tópico, bien visible en los escritos del popular Édouard Drumont, que existía «un Estado dentro del Estado que es la judería» (1899: 85).

En definitiva, a través del examen de la lectura sobre el funcionamiento de los poderes públicos que presenta *Le Triboulet*, el presente texto trata de trascender la fabulación, ver en el *logos* conspiracionista un *gnosos* clarificador de una problemática traumática presentada mediante ideas simples y, claramente, en un torno de denuncia política. Con esta mirada, la interpretación del complot como «mito político» aparece como una herramienta interpretativa a la hora de examinar cómo los sectores marginales y desafectos a los procesos de modernización a la consolidación del Estado liberal entendieron el despliegue de unas praxis públicas, muchas veces tortuosas e ilícitas, como la perversión de la razón de Estado. Primero, como una denuncia al influjo de los poderosos en las decisiones gubernamentales. Después, como la captura del poder por parte de agentes antinacionales.

El ascendente de la «feudalidad». *Le Triboulet* y las alertas a la intrusión (1883-1897)

En el marco de este discurso antiliberal, *Le Triboulet* insistió reiteradamente en la existencia de un «Sindicato» que usufructuaba los bienes de la nación en detrimento de los franceses. La primera alusión a esta noción se encuentra a mediados de 1883. Unos años antes del escándalo de las decoraciones que llevó al presidente Jules Grévy a la dimisión de su cargo debido al tráfico de insignias perpetrado por su yerno Wilson (Garrigues, 2013: 11-22), el semanario se refirió al hecho que el presidente y su yerno habían recibido una comisión del «sindicato de los banqueros», asociación formada «para garantizar la última emisión del Crédit foncier»[18]. El uso del término «sindicato» para referirse al conglomerado de manos negras no es baladí. A finales de siglo, el temor que inspiraba la organización del cada vez más vertebrado movimiento obrero era evidente en los esfuerzos, por parte de sectores antiliberales, de domesticar las pulsiones revolucionarias con proyectos propios. Con esta ambición, nació la *Ligue populaire royaliste* (1882-1885), bajo la presidencia de Georges Berry y con miembros tan distinguidos como el conde de Beaurepaire o el marqués de

17. Maurice Barrès, «L'opportunisme, parti des Juifs», *Le Courrier de l'Est*, 21 de julio de 1889, p. 2.
18. «De droite et de gauche», *Le Triboulet*, 29 de abril de 1883, p. 6.

Bourdeille, y los sindicatos amarillos (*jaunes*) encabezados por Paul Lanoir y Pierre Biétry (Joly, 2008: 172-173).

Es en medio de la inquietud por la creciente organización proletaria y su plausible incidencia en el ámbito sociopolítico que se moldeó la nación de «Sindicato». Para su conceptualización, el equipo de *Le Triboulet* bebió de las dos tradiciones que, como remarcó con mucho acierto Jean-Claude Drouin, configuran las dos principales fuentes del conspiracionismo de la extrema-derecha: el pensamiento contrarrevolucionario y la izquierda anticapitalista (1992: 102-118). Por un lado, los hombres del semanario orleanista no ignoraban los relatos complotológicos que desde el estallido de la revolución de 1789 se encargaron de propagar plumas como las del abate Barruel. Sus redactores no eran ajenos a los pastiches narrativos con el que el catolicismo militante quiso explicar el ciclo revolucionario del 48 como la obra de las sociedades secretas carbonarias y masónicas, con ensayos como *L'Église romaine en fase de la Révolution* (1859) de Jacques Crétineau-Joly o con las invenciones noveladas de Antonio Bresciani, las cuales salieron episódicamente en la revista *Civita Catolica*, como *L'Ebreo di Verona* (1857), traducida al francés un año después. Unas obras que fueron objeto de un redescubrimiento, suscitando su género un enorme interés, veinte años después su publicación (Tardy, 2015: 564-571).

La otra tradición proviene de la literatura socialista no marxista. Un punto de partida es la tesis neurálgica de *Les Juifs, rois de l'époque* (1847) de Alphonse Toussenel. En su panfleto, el socialista furierista denunciaba la existencia de una «feudalidad mercantil», «una aristocracia del dinero» que «avanza rápidamente hacia el corazón de nuestras instituciones» (1847: 5). La idea de una red de capital internacional hizo fortuna en los bulliciosos ambientes obreristas de mediados de siglo. En la misma dirección, el periodista proudhoniano Georges Duchêne afirmó en 1869 que «los 20 mil millones de valores quedan a discreción de 200 magnates, que no han comprometido 200 millones». Una situación de extracción inédita en la historia de la civilización, ya que «la antigüedad no proporciona un ejemplo de una oligarquía tan concentrada» (1869: 299).

«A partir de 1852», concretó el socialista antisemita Benoît Malon, «la concentración feudal de la alta finanza hizo pasos agigantados» (1885: 60). No en balde, con la consolidación del Estado liberal, se asentó la impresión que existía una disonancia entre los intereses del estado, entendido como el corpus de gobernantes, y los intereses de los electos. La desconfianza empezó a cuajar paulatinamente en una mentalidad antimoderna que cuestionaba, por verla como una ficción, la separación entre un espacio público y un espacio privado, cuya artificiosidad se pondría de soslayo con los escándalos de corrupción política de finales del siglo. En el arraigo de esta impresión, colaboraron

gustosamente muchos socialistas con proclamas abiertamente antisemitas, donde se equiparaba, mediante una trasposición de la figura del acaparador o usurero de la judeofobia católica, el explotador industrial moderno con el semita desde mediados del siglo (Byrnes, 1950: 115-116).

El punto de inflexión se produjo cuando sectores de la misma familia republicana aceptaron que el estado estaba parasitado por una «aristocracia parlamentaria»[19]. Aprovechándose de la deceleración del crecimiento causada por la caída de la *Banque de l'Union Générale* (1882) en una coyuntura de depresión global[20], el movimiento boulangista (1886-1891) supo canalizar la desazón social para atacar una constitución que se observaba como «oligárquica y parlamentaria, es decir, en contradicción constante con el espíritu, las costumbres, los intereses y las necesidades de la Francia contemporánea»[21]. En este clima de huelgas y malestar, el boulangismo se nutrió de un grueso de los radicales «autonomistas» y de corrientes de un socialismo revolucionario (blanquista) impermeable al marxismo y al internacionalismo (Néré, 1959: 117-125, 224; Garrigues, 2014: 240-245). Los hombres de *Le Cri du Peuple* son representativos de una izquierda que criticaba «el bandidismo legalizado» del régimen, de «los fondos públicos dilapidados por una administración que compra las consciencias y los votos»[22]. Según las huestes del boulangismo, esta casta política utilizaba los recursos nacionales para sus ambiciones personales[23]. En *Les Déracinés* (1897), Maurice Barrès denunció que «la preocupación que prima en cualquier ministro es asociar cuantos más periódicos a sus intereses de manera que retrasen su caída y, cuando ella se produzca, que se esfuercen en llamarlo al poder» (1897: 359). En efecto, las denuncias que alimentaban los prejuicios contra el régimen se nutrían de un corpus de intuiciones cuya base empírica no era ficticia. Las impresiones se sustentaban en las praxis que se desempañaban desde el poder, como lo demuestra el empleo de fondos de

19. Maurice Barrès, «Un entretien avec le général Boulanger», *Le Courrier de l'Est*, 27 de enero de 1889, p. 1.
20. Sobre el crash bursátil de la banca católica, ver: Bouvier (1960). Sobre el papel que tuvo la crisis en el desarrollo del antisemitismo moderno, nos remitimos al estudio de Verdès (1965).
21. Pas-perdus, «La Chambre. La première bataille», *La Figaro*, 5 de junio de 1888.
22. Jean Quercy, «Le Dégoût», *Le Cri du Peuple*, 8 de junio de 1884, p. 1. No obstante, su posición era republicana, ya que «para que ella [la República] viva», escribían, «debe dejar de ser un gobierno de casta y convertirse en la administración de los bienes de todos para provecho de todos». En Émile Massard, «Le Péril», *Le Cri du Peuple*, 12 de marzo de 1884, p. 1.
23. «Los intereses privados priman el interés público y la administración se desorganiza». En Barrès (1900): 137.

reptiles para fines de control político o gubernamental (André, vol. II, 1885: 5-8).

Aunque orleanista y, en consecuencia, enemigo de cualquier régimen republicano, *Le Triboulet*, como todas las otras tendencias monárquicas, se hizo eco de las exhortaciones de los boulangistas (Joly, 2022: 80-83). La absolución del «notable estafador y ladrón emérito» Daniel Wilson y sus cómplices por parte de la magistratura llevó a expresar públicamente «todo mi menosprecio a los Minos de Mariana».[24] El escándalo de las decoraciones reveló que «la República» estaba «al nivel de una casa pública donde él [Grévy] era Dios, Wilson el gerente y Duhamel el profeta».[25] Para un periódico perseguido por la justicia –multado en dos ocasiones y con el director exiliado– a raíz, precisamente, de las invectivas a Jules Grévy, las decisiones de la administración se percibían como partidistas y hacían pensar en la existencia de un asalto a las instituciones por parte de «viejos senadores reblandecidos e hidrófobos que, usurpando las sillas de los verdaderos jueces», ofrecían una «parodia de justicia».[26] «La magistratura ha bañado su banda de armiño en el barro», declaraban, «y la policía se ha hecho cómplice de los ladrones».[27] Sin embargo, si bien denunciaban una captura de las administraciones, los tradicionalistas de *Le Triboulet* se mostraban fieles a las instituciones del orden: «Aunque hayan sido puestas en marcha por manos que las desacreditan» y las corroen, «los principios de autoridad están tan arraigados en nosotros que las respetamos».[28]

En este contexto de agitación antiparlamentaria, la publicación de *La France Juive* (1886) marcó un antes y un después en la popularización del mito sobre la «puesta en gleba de toda una nación por una minoría ínfima pero cohesiva» (Drumont, vol. I, 1886: VI). Con un minuciosa y exhaustiva presentación de datos y casos, Drumont ofreció una explicación histórico-social de la modernización desde un ethos antimoderno, donde los argumentos anticapitalistas se mezclaban con los *topoi* antisemitas. Para impulsar la infiltración, «los Rothschild, en su forma primigenia, habían apostado por los bonos del Estado; los Pereire y Mirès, al hacer uso de suscripciones públicas, habían vaciado las pequeñas bolsas» (370). La conquista del estado por parte de esos grupos de presión se habría dado, según el periodista y escritor, mediante la inclusión de «la nueva capa social» gambettiana, «compuesta por muchos judíos con un suplemento de masones» (541). En el prefacio a la tercera edición de *Les*

24. «Chronique du Triboulet», *Le Triboulet*, 1 de marzo de 1888, p. 3.
25. «Chronique du Triboulet», *Le Triboulet*, 11 de marzo de 1888, p. 3.
26. Silex, «L'affaire Mermeix», *Le Triboulet*, 15 de septiembre de 1889, p. 6.
27. «Chronique du Triboulet», *Le Triboulet*, 20 de novembre de 1887, p. 1.
28. «Chronique du Triboulet», *Le Triboulet*, 15 de febrero de 1885, p. 3.

Juifs, rois de l'époque, se encuentra magníficamente reflejada la convicción de algunos coetáneos sobre la existencia de un «Estado profundo». Gabriel de Gonet, editor de la obra, se refirió a la proliferación de «pequeños estados dentro del estado» que, bajo la protección de la ley, habrían emergido durante la consolidación del sistema liberal-capitalista (Gonet, vol. I, 1886: XII).

El estallido del escándalo de Panamá no hizo sino avivar el discurso complotista con nuevas evidencias. El caso, revelado en 1892 por el periódico antisemita *La Libre Parole* de Drumont (Kauffmann 2008: 268-279), se vendió como la maniobra ilícita de «un *consortium* de fariseos y de bandidos», del «sindicato de los Derechistas, de los Oportunistas, de los *Chéquards* [políticos acusados de recibir cheques] y de los Banqueros judíos que hoy nos gobierna» (Drumont, 1896: 123). Desde las páginas de *Le Triboulet*, se dio rienda suelta a caricaturas mordaces sobre la corrupción política que enlazaba con la cosmovisión antiliberal donde el cuerpo político se enfrontaba al cuerpo nacional. «Nuestra República plutocrática, invadida por los elementos judeo-protestantes, los cuales, pese a su minoría, han llegado a ocupar las tres cuartas partes de las funciones públicas o electivas» era el claro ejemplo de una subyugación colonial. La conclusión era clara: «La República actual es prisionera de esos sectarios», quienes «aman ver disminuir el prestigio de la nación»[29]. En medio de la denuncia de la corrupción se encontraba el «sindicato Reinach»[30], donde Joseph –«Yousouf»– Reinach «está siempre embrollado en todas las negociaciones turbias, en todos los sindicatos sospechosos, en todos los chanchullos infames, en todos los escándalos»[31].

El triunfo del «Sindicato». *Le Triboulet* y el sectarismo del Estado republicano (1898-1907)

Las reflexiones sobre la existencia de «un Estado dentro de un Estado» llegarían a su paroxismo en los años del afer Dreyfus (1894-1906). A partir de 1898, todas las invectivas contra la casta política y las denuncias sobre de la arbitrariedad de la justicia cobraron una nueva dimensión. A la acepción original, los hechos impelieron al semanario a desarrollar más profusamente la dimensión política de la noción de «Sindicato». En 1883, se mencionó un «sindicato republicano» como instigador de la aventura colonial en Tonkín[32]. Ahora,

29. L. Guaglino, «Chronique coloniale», *Le Triboulet*, 3 de abril de 1898, pp. 5-6.
30. Érasme, «Entre deux feux», *Le Triboulet*, 1 de agosto de 1895, p. 12.
31. «Les orientales», *Le Triboulet*, 6 de enero de 1895, p. 4. Primo de Jacques Reinach, gran corruptor en el escándalo de Panamá, Joseph Reinach sería el blanco de los antisemitas por ser condición de diputado republicano y de *dreyfusard*.
32. Grelot, «La foire de Neuilly», *Le Triboulet*, 8 de julio de 1883, p. 7.

el concepto tomó un cariz acorde con las exigencias del presente inmediato. El semanario denunció la incoherencia de «los poderes públicos hacia los agitadores públicos», la connivencia «hacia los compinches de un verdadero complot». A la permisividad –incluso a la simpatía hacia «los cómplices»–, se le sumaba «ese proceso de Panamá, en que los infortunados que se ha acusado y que se ha arrestado, desde hace meses, de prisión en prisión, apenas se les reconoce culpables de imprudencia y, ni *vendidos* ni *comprados*, finalmente se les despide sin motivo»[33]. Al «Sindicato Dreyfus», se le uniría «la banda gubernamental Barthou, Milliard y otros sujetos de la misma especie» que, en vez de «hacer respetar el país», sólo «piensan en mantener su plato de lentejas»[34]. Ese «Sindicato», compuesto «de viejos senadores de sandeces y de viejos profesores con gafas», donde «Joseph Reinach, Zola, Scheurer-Kestner» eran la cohorte[35], reflejaba desdeñosamente el auge que había tomado la figura pública del «intelectual», en ese paso del escritor individual al campeón de las causas colectivas que surgió para llenar el vacío momentáneo provocado por la crisis de representación de las élites (Charle, 1990).

El suicidio del coronel Henry tras descubrirse que falsificó documentación para culpar al capitán vilipendiado levantó las más amargas ampollas. Los *anti-dreyfusards* percibieron esas evidencias como un ataque frontal, una muestra que el ejército, esa «Arca sagrada» (Hélie, 1994: 226-250), «se ha intentado embrutecer» desde dentro[36]. Mientras «el ejército es injuriado sin reposo por los agentes del sindicato judío», «el gobierno quiere dejar hacer y los ministros de la guerra prohíben a sus subordinados defenderse, éstos se ven obligados a mantenerse inactivos, recibiendo estoicamente el fango que les lanzan»[37]. En un acurado y sensible texto pionero, Bertrand Joly propuso, precisamente, una lectura del choque público entre partidarios y detractores de Dreyfus como una lucha del Estado contra el Estado, es decir: una pugna entre administraciones (2000: 223-239). «El sindicato de la traición» influía en un organigrama administrativo ya de por si susceptible a las veleidades antipatrióticas. Esto se percibía en el hecho de que la «justicia republicana persigue las ligas patrióticas que pretenden combatir su acción nefasta, pero se guardan bien de perseguir otras asociaciones no autorizadas, cuyo objetivo opresivo, desmoralizador y

33. F. de D'Eudeville, «L'Incohérente», *Le Triboulet*, 2 de enero de 1898, p. 5.
34. H., «Avant les élections», *Le Triboulet*, 3 de abril de 1898, p. 4.
35. A. de la Griff, «Juifs et Gaulois», *Le Triboulet*, 13 de marzo de 1898, pp. 4-5.
36. O'Certhy, «Les Juifs et l'Armée», *Le Triboulet*, 11 de septiembre de 1898, p. 5.
37. H. «La Politique. Le liutenant-colonel Henry et les responsabilités», *Le Triboulet*, 11 de septiembre de 1898, p. 4.

real es, al contrario, peligroso para la Patria Francesa», como la masonería.[38] «El Sindicato», que actuaba como grupo de presión, «multiplica sus infamias, intentando influenciar por todos las maniobras más bajas el consejo de Rennes y los defensores de la justicia».[39]

En los albores del nuevo siglo, *Le Triboulet* se preguntaba: «De Wilson a Dreyfus, ¿qué nos queda?». «La República», aseveraba, «ha delegado todos sus poderes a retóricos o a charlatanes. A su llamada, la tropa de los incapaces, la horda de los perezosos, el ejército de los saqueadores, la manada de los políticos vino corriendo; la jauría ha comenzado». Esa «jauría» no era más que la infiltración evidente en los resortes gubernativos de agentes antinacionales: «Teniendo el poder, tienen la bolsa; teniendo la bolsa, tienen el placer».[40] El pesar expresado por el redactor jefe del semanario prefiguraba de forma intuitiva lo que se pondría de manifiesto tras las elecciones legislativas de la primavera de 1902. Con el indulto proporcionado por Émile Loubet, las iras de los sectores *antidreyfusards* se centraron en la corrupción institucional. «La Corte de Casación está compuesta actualmente de magistrados *dignos de las Logias* con un gran L, sin duda un judío», un logro que «costará algunas decoraciones al gobierno y algunos billetes de mil al sindicato israelita».[41] Se empezó a asumir que las fuerzas ocultas internacionales ya habían penetrado con éxito el grueso de la arquitectura del estado. Incluso la institución garante del orden por antonomasia, el ejército, se vio seriamente comprometido a finales de octubre de 1904, cuando se destapó el escándalo de las fichas (Thiébot, 2008).

El descubrimiento de las prácticas discriminatorias en el sí del ejército marcó, a ojos de los *antidreyfusards*, el corolario de la degradación. «Bajo pretexto de separación de las Iglesias con el Estado»,[42] se organizó toda una red de delaciones con el fin de discernir las filiaciones religiosas de la tropa. Se constituyó, en nombre de la lucha contra la reacción, un verdadero «Estado dentro del Estado», una maquinaria paraestatal, partidista, que había hecho uso «de una sutileza engañosa, de una calumnia hábilmente tramada y de un argumento supremo: los fondos secretos, hábilmente distribuidos», para lograr sus fines.[43] En 1902, ya se criticó que la política anticlerical era una maniobra

38. Baron de la Guérinière, «La politique. Nouvelle infamie. La Franc-maçonnerie», *Le Triboulet*, 9 de abril de 1899, p. 4.
39. Baron de la Guérinière, «La politique. À qui de droit», *Le Triboulet*, 6 de agosto de 1899, p. 4.
40. Germain Aune, «De Wilson à Dreyfus», *Le Triboulet*, 28 de abril de 1901, p. 4.
41. Lucius, «Et puis après?», *Le Triboulet*, 3 de enero de 1904, p. 6.
42. Baron de la Guérinière, «Courtoisie républicaine», *Le Triboulet*, 30 de octubre de 1904, p. 4.
43. Lucius, «Bravo, les patriotes!», *Le Triboulet*, 21 de febrero de 1904, p. 4.

de distracción.[44] Ese «sindicato Combes», como lo rebautizaron, actuaba bajo «la dirección de la Gran Logia».[45] En una coyuntura de tensión palpable entre Francia y Alemania que culminaría con la conferencia de Tánger (1905), los nacionalistas antiliberales lamentaban que las cuestiones de estado se hubieran abandonado a manos de un ministro que «en vez de los informes pesimistas del audaz comandante de los cuerpos armados, prefería los informes del Gran Oriente».[46]

La confluencia descarnada entre lo público y los intereses personales llegó a afectar emocionalmente incluso a partisanos de la causa del capitán, quienes también pasarían a compartir la impresión de un «poder oculto» con una agenda interesada detrás de los movimientos sociales. Alfred-Georges Gressent, quien adoptó el nombre de pluma de Georges Valois en 1906, denunció en un artículo que compondría su famosa *La Monarchie et la classe ouvrière* (1909) un contubernio de socialistas, radicales, judíos y masones y que él vivió en calidad de trabajador en Armand Colin. Según el nacionalista integral, «reinando Combes», editoriales jóvenes con connivencias claras con el poder eran promocionadas mediante una renovación del material escolar con el objetivo de «republicanizar» el alumnado de primaria según los parámetros *dreyfusards* (1908: 323, 325)[47]. Émile Janvion también se distanció de sus compañeros de viaje. Escandalizado por «las soberbias situaciones concedidas como derecho, tras la victoria, a los editores de *L'Aurore*, el órgano de Dreyfus y Zola»[48], el sindicalista revolucionario empezó a denunciar la infiltración masónica en los sindicatos como la ejecución de un meditado plan (Janvion, 1912: 14). Lo mismo ocurrió con Georges Sorel, quien se alejó del sindicalismo y de la revista *Le Mouvement Socialiste* a finales de 1908. Su desafección se encuentra en unas injerencias políticas más que evidentes en la CGT y en el hecho que el movimiento dreyfusard había culminado en la promoción de personajes mediocres y de demagogos sin fondo (Sorel, 1909: 57-64; Prat, 1998: 15-30).

44. «L'interpellation Cochin», *Le Temps*, 6 de juliol de 1902, p. 1. Para una aproximación al anticlericalismo, ver: Rémond, 1985 [1976]: 207-220.
45. Baron de la Guérinière, «Objection gouvernementale», *Le Triboulet*, 6 de noviembre de 1904, p. 4.
46. Lucius, «Péril national», *Le Triboulet*, 25 de junio de 1905, p. 6.
47. Mediante esa argucia en el mundo editorial, «el poder que administra los intereses espirituales de la República anti-francesa creía que había llegado el momento de lograr plenamente la secularización y desnacionalización de la educación». La cuestión era que «no se pedía un Lavisse revisado o corregido, sino que se quería un Aulard bien nuevo».
48. Carta que Émile Janvion publicó en el periódico el 11 de noviembre de 1912, en «L'Affaire Bintz. Incident Janvion», *La Bataille syndicaliste*, 4 de enero de 1913, p. 2.

En enero de 1905, la caída de Combes y de André, su ministro de la guerra, no dejaba de ser irónica. Como apuntaron sarcásticamente desde *Le Triboulet*, «los partidarios de la luz, de toda la luz, quienes nos han tanto rasurado durante el afer Dreyfus, se acomodan a la oscuridad más completa». Y advertía que «la justicia distributiva de los *blocards* no nos impedirá reclamar que se haga oficialmente la luz sobre los falsos documentos de André»[49]. No obstante, el revuelo no supuso un cambio de rumbo en las políticas gubernamentales. Por ende, la rehabilitación de Alfred Dreyfus en julio de 1906 se leyó como la culminación de la conquista. «El traidor», gracias a «los bandidos actualmente en el poder», «gracias a la protección de un gobierno lacayo de las Logias y de las Sinagogas»[50], pasó a ser reintegrado en el ejército. La política *dreyfusarde* se vio como un cúmulo de directrices que salían «ya fuera del fondo de una sinagoga o de una logia masónica»[51].

Conclusiones. La razón de Estado antinacional. La paranoia y la modernidad

Para los *antidreyfusards*, que había «una razón de Estado judía» era más que una certeza en 1907[52]. Las maquinaciones habían conseguida, mediante numerosos embates, que el interés nacional su hubiera convertido en «una razón de Estado, cimentada en el interés del Partido republicano»[53]. El *ligueur* Henri Vaugeois acusó a los *dreyfusiens* de «haber fundado, en 1899, gracias a la complicidad de un moderado, Waldeck-Rousseau, la Cuarta República, la República judía»[54]. Había culminado el proceso que los boulangistas denunciaron cuando advirtieron que «el régimen oportunista» fue «especialmente inventado para ayudar a las especulaciones de la banca judía»[55]. La conceptualización de un «Estado profundo» en la cosmovisión del equipo de *Le Triboulet* reunía todas las fobias y resiliencias a la modernidad liberal-capitalista que se desarrollaron en diferentes tradiciones ideológicas. A partir de la figura del «Sindicato», imagen incorpórea y maleable pero cuya carga contingente la hacía fácilmente identificable, el semanario quiso ofrecer una explicación a los desequilibrios que se abrieron con la progresiva consolidación de los regímenes liberales y

49. Lucius, «Et le faux d'André?», *Le Triboulet*, 8 de abril de 1906, p. 6.
50. Lucius, «Réhabilitations?», *Le Triboulet*, 8 de julio de 1906, pp. 4-6.
51. Lucius, «Les Sans-patrie et la République», *Le Triboulet*, 7 de enero de 1906, p. 4.
52. «Discours du comte Bernard de Vesins», *L'Action française bi-mensuelle*, 1 de enero de 1907, p. 34.
53. Charles Maurras, «'Deuxième' révision du procès du traître Dreyfus», *L'Action française bi-mensuelle*, 1 de julio de 1906, p. 69.
54. «L'offensive de l'Action française. À Toulouse», *L'Action française bi-mensuelle*, 15 de junio de 1907, p. 480.
55. Paul Adam, «La République d'Israël», *Le Courrier de l'Est*, 20 de octubre de 1889, p. 1.

después con los procesos de democratización que ahondaron en las contradicciones del sistema. El concepto era un avatar de la modernidad, de ese poder disgregador, representado por el dinero corruptor y el secretismo cínico, que instituía una nueva esclavitud en medio de promesas emancipadoras.

«El estado dentro del estado» aparece, en el imaginario de los críticos con la modernidad, como el resultado de las sinergias que concluyeron en la secularización del poder. Se partía del axioma que la modernidad había instituido unas nuevas jerarquías, unos patronazgos que actuaban como sistemas clientelares (Daumas, 2010: 1237-1244). Los ostentadores de la fortuna ejercían un dominio blando, una influencia indirecta sobre el poder, saltándose los procedimientos electorales, las mismas normas de juego que prometían velar y salvaguardar por representar el culmen del progreso. En una biografía tergiversada sobre el barón de Rothschild, Georges-Marie Dairnvaell se refiere a esta ascendencia al tratar de magnate al «patrón» y a sus subordinados de «agentes». De esta forma, las nuevas «dinastías» actuaban como si fueran las familias nobiliarias del Antiguo Régimen, pero de una forma más sibilina y con el agraviante, y aquí reside la dolorosa novedad para los denunciantes, que en la estructura histórica en la que se encontraban se habían abolido los privilegios. La dinámica de actuación de esta aristocracia era el soborno: «Cuando todos los cuerpos del Estado han sido parcialmente *comprados*, la verdad debería encontrar a sordos en las bancadas de las dos cámaras» (Dairnvaell, 1846: 14, 20-22).

Era tal el poder de los «reyes de la finanza» que «los funcionarios del Estado, los empleados de los ferrocarriles del Norte, son sus servidores y no los de su país». Bajo esta luz, se percibía que «las funciones y el poder están en manos de gente tan desprovista de sentido moral para explotar sin cesar a la población» (Hamon y Bachot, 1889: 75-76, 197). Si bien estos obreristas antisemitas tenían en mente el funcionamiento del régimen liberal como un régimen de clase, no es menos cierto que eran conscientes que, dentro del estado burgués, había una minoría oculta. Para Auguste Chirac, no había dudas que «el Estado dentro del Estado es el partido *judío israelita*, es decir una terrible encarnación del parasitismo» (1886: 129). Este discurso fue adoptado y asimilado por la derecha antiliberal. Maurras se refirió a la «nación judía» y a los «hugonotes» como «un Estado muy diferente del Estado francés» (1905: 216). Con todo, fue *Le Triboulet*, mediante el empleo de la figura del «Sindicato», una las primeras tribunas en ofrecer este relato en el espacio orleanista al vincular el poder de los financieros con la política interna: «El *Sindicato*, ya que hay un sindicato; el *Barón*, ya que por otros el Sindicato es el Barón, han jurado

la destrucción de sus discutidores».[56] Drumont ahondó en este imaginario al ilustrar con numerosos ejemplos que «Francia y Rothschild hacen caja común o, más bien, Rothschild se sirve para sus operaciones privadas de los fondos del Tesoro» (1890: 193-194).

El afer Dreyfus representó la confirmación de todos los temores de infiltración. Se vivió como un choque entre dos formas de entender la razón de estado. Esta aporía entre legitimidades se aprecia claramente cuando se examina cómo cada bando luchaba contra su «Estado profundo» particular. Para los detractores del capitán, el estado actuaba según unos criterios antinacionales, mientras que, para los *dreyfusards*, la batalla a favor de la inocencia se entendía desde la lucha contra los privilegios de ciertos grupúsculos dentro del estado. Según su percepción histriónica de los hechos, nunca antes la dislocación entre «país legal» y «país real» había llegado a ser tan aguda. El escritor y oficial Émile Driant lo expuso en los siguientes términos al declarar que «el ejército sentía, aliados contra él, los poderes públicos, los socialistas, la universidad y los maestros de escuela» (1906: 7). Para los lectores de *Le Triboulet*, las decisiones de los poderes públicos no seguían, pues, una razón de estado fundado en el bien patriótico. «No es culpa de los jueces», afirmarían, porque «ellos aplican lo que tienen en mano». Sin embargo, «no sería completamente justo decir que la ley no está hecha para los estafadores. La ley está hecha sobre todo por gente de leyes que vive de ella y que, en consecuencia, no tiene ningún motivo para cambiarla simplificándola»[57].

Cada vez más, se percibía que la complicidad pasmosa y subterránea entre ciertos elementos de la administración pública y el acusado podía explicarse mediante una lealtad antinacional. Louis Dasté ejemplificó magníficamente el malestar al afirmar que, «en el afer Dreyfus, hemos visto la Francmasonería internacional combinarse por todos los medios con la Judería universal» (1910: 25). El posicionamiento explícito de ciertos funcionarios durante el juicio, como fue el caso de Maurice Paléologue, jefe del Servicio de asuntos reservados del Ministerio de Asuntos Extranjeros, administración que trabajaba codo con codo con el Servicio de información del Ministerio de la Guerra, hasta el punto de sufragar con los fondos secretos «su contribución a los gastos de contraespionaje» (1955: 80), proveía a los *antidreyfusards* de argumentos para blandir el espantajo de la traición[58]. La tendencia de ver los engranajes del

56. Émile P., «Revue financière de la semaine», *Le Triboulet*, 21 de febrero de 1886, p. 14.
57. A. C., «Tribouletades», *Le Triboulet*, 5 de febrero de 1899, p. 5.
58. Albert Monniot, «Leurs témoins. Paléologue et Casimir-Perier», *La Libre Parole*, 18 de abril 1899, p. 1; Baron de la Guérinière, «Nouveaux faits concluants», *Le Triboulet*, 7 de maig 1899, p. 4.

estado como el aparato sesgado y personal se acentuó al descubrirse el sistema de delaciones, un proceder que se leyó como un movimiento de individuos «pagados por un sindicato del que todo el mundo niega su existencia, pero que se demuestra en cada instante»[59].

Bibliografía

ANGENOT, Marc (1995). «Un juif trahira»: La préfiguration de l'Affaire Dreyfus (1886-1894). *Romantisme*, 87, 87-114.

ANGENOT, Marc (2008). *Dialogue de sourds. Traité de rhétorique antilogique*. París: Éd. des Mille et Une Nuits.

ARENDT, Hannah 1958 [1951]. *The origins of totalitarianism*, Ohio: Meridian Books.

BARRÈS, Maurice (1897). *Les Déracinés*. París: Charpentier.

BARRÈS, Maurice (1900). *L'Appel au soldat*. París: F. Juven.

BARRÈS, Maurice (1914). *Dans le cloaque. Notes d'un membre de la Commission d'enquête sur l'affaire Rochette*. París: Émile-Paul frères.

BLIC, Damien de y LEMIEUX, Cyril (2003). Le scandale comme épreuve. *Politix*, 3, n.º 71, 9-38.

BOUSSEL, Patrice (1960). *L'affaire Dreyfus et la presse*. París: Armand Colin.

BOUVIER, Jean (1960). *Le Krach de l'Union Générale (1878-1885)*. París: PUF.

BYRNES, Robert F. (1950). *Antisemitism in Modern France*. New Brunswick, NJ: Rutgers University Press.

CHARLE, Christophe (1990). *Naissance des « intellectuels » (1880-1900)*. París: Éd. de Minuit.

CHARLE, Christophe (1991). Naissance d'une cause. La mobilisation de l'opinion publique pendant l'affaire Dreyfus. *Politix*, 4/16, 65-71.

CHIRAC, Auguste (1886). *L'Agiotage sous la troisième république 1870-1887*. 2 vols. París: Albert Savine.

DANBLON, Emmanuelle (2010). Les «théories du complot» ou la mauvaise conscience de la pensée moderne. En DANBLON, Emmanuelle y LOÏC, Nicolas (dirs.). *Les rhétoriques de la conspiration*. París: CNRS Éditions.

DASTÉ, Louis (1910). *Marie-Antoinette et le complot maçonnique*. París: La Renaissance Française.

DAIRNVAELL, Mathieu-Georges (1846). *Histoire édifiante et curieuse de Rothschild Ier, Roi des Juifs*. París: Chez l'éditeur.

DAUMAS, Jean-Claude (2010). Patrons, patronat: les mots et les chiffres. En DAUMAS, Jean-Claude; CHATRIOT, Alain; FRABOULET, Danièle;

59. Lucius, «Et le faux d'André?», *Le Triboulet*, 8 de abril de 1906, p. 6.

FRIDENSON, Patrick y HERVÉ, Joly (dirs.). *Dictionnaire historique des patrons français*. París: Flammarion, 1237-1244.

DOBRY, Michel (2002). Valeurs, croyances et transactions collusives. Notes pour une réorientation de l'analyse de la légitimation des systèmes démocratiques. En Javier SANTISO (dir.), *À la recherche de la démocratie. Mélanges offerts à Guy Hermet*. París: Karthala, 103-120.

DOMÍNGUEZ ARRIBAS, Javier (2009). *El enemigo judeo-masónico en la propaganda franquista, 1936-1945*. Madrid: Marcial Pons.

DRIANT, Émile (1906). *Vers un nouveau Sedan*. París: F. Juven.

DROUIN, Jean-Claude (1992). La thèse du complot chez Crétineau-Joly. *Politica Hermetica*, 6, 102-116.

DRUMONT, Édouard (1886). *La France Juive: Essai d'histoire contemporaine*, 2 vols. París: Marpon-Flammarion.

DRUMONT, Édouard (1890). *La dernière bataille. Nouvelle étude psychologique et sociale*. París: É. Dentu.

DRUMONT, Édouard (1896). *De l'or, de la boue, et du sang*. París: E. Flammarion.

DRUMONT, Édouard (1899). *Les Juifs contre la France. Une nouvelle Pologne*, París: Librairie antisémite.

DUCHÊNE, Georges (1869). *L'Empire industriel. Histoire critique des concessions financières et industrielles du Second Empire*. París: Librairie centrale.

GARRIGUES, Jean (2013). *Les scandales de la République. De Panama à l'affaire Cahuzac*. París: Nouveau Monde.

GARRIGUES, Jean (2014). Le boulangisme comme mouvement social, ou les ambiguïtés d'un social-populisme. En M. Pigenet y D. Tartakowsky (dirs). *Histoire des mouvements sociaux en France. De 1814 à nos jours*. París: La Découverte, 238 à 248

GÉNIN, François (1847). *Ou l'Église ou l'État*, París: Chamerot.

GIRARDET, Raoul 1990 [1986]. *Mythes et mythologies politiques*. París: Seuil.

GONET, Gabriel de (1886). Les Juifs, rois de l'époque. Préface de l'éditeur. En TOUSSENEL, Alphonse. *Les Juifs, rois de l'époque: Histoire de la féodalité financière*, 2 vols. París: C. Marpon-E. Flammarion.

GOUGENOT DES MOUSSEAUX, H. R. (1869). *Le Juif, le judaïsme et la judaïsation des peuples chrétiens*. París: Plon.

HAMON, Augustin y BACHOT, Georges (1889). *L'agonie d'une société. Histoire d'aujourd'hui*. París: Albert Savine.

HÉLIE, Jérôme (1994), L'Arche sainte fracturée. En Pierre BIRNBAUM (dir.). *La France de l'affaire Dreyfus*. París: Gallimard, 226-250.

HOFSTADTER, Richard (1965) [1963]. The paranoid style in American politics. En *The paranoid style in American politics and other essays*, Massachusetts: Harvard University Press.

JANVION, Émile (1912). *La franc-maçonnerie et la classe ouvrière (conférence 3 avril 1911, Hôtel des Sociétés Savantes)*. París: Imp. «Terre Libre», 1912.

JEANNENEY, Jean-Noël (1981). *L'argent caché. Milieux d'affaires et pouvoirs politiques dans la France du xxe siècle*, París: Fayard.

JOLY, Bertrand (1983). Le parti royaliste et l'affaire Dreyfus (1898-1900). *Revue Historique*, 269/546, 311-364.

JOLY, Bertrand (2000). L'affaire Dreyfus comme un conflit entre administrations. En M.-O. Baruch, y V. Duclert (dirs.). *Serviteurs de l'État. Une histoire politique de l'administration française*. París: La Découverte, pp. 223-239.

JOLY, Bertrand (2008). *Nationalistes et conservateurs en France, 1885-1902*. París: Les Indes Savantes.

JOLY, Bertrand (2022). *Aux origines du populisme. Histoire du boulangismo (1886-1891)*. París: CNRS Éditions.

KALIFA, Dominique (2009). Le Journal. En Vincent DUCLERT y Perrine SIMON-NAHUM (dirs.). *L'affaire Dreyfus. Les événements fondateurs*. París: Armand Colin, 91-100.

KAUFFMANN, Grégoire (2008). *Édouard Drumont*. París: Perrin.

KRUGLANSKI, Arie W. (1987). Schémas d'accusation et recherches sur l'attribution. En Carl F. GRAUMANN y Serge MOSCOVI, Serge (eds.). *Changing Conceptions*. Nueva York: Springer, 475-497.

LEROY-BEAULIEU, Anatole (1902). *Les doctrine de haine: l'antisémitisme, l'antiprotestantisme, l'anticléricalisme*. París: Calmann-Lévy.

MALON, Benoît (1885). *L'agiotage de 1715 à 1870*. París: La Revue Socialiste.

MAURRAS, Charles (1916) [1905]. «De la liberté suïsse à l'unité française». En *Quand les Français ne s'aimaient pas. Chronique d'une renaissance, 1895-1905*. París: Nouvelle Librairie Nationale, 183-234.

MERMET, Émile (1880). *Annuaire de la presse française*. París: Maison Quentin.

MONIER, Frédéric, ENGELS, Jens Ivo y DARD, Olivier (eds.). (2014). *Patronage et corruption politiques dans l'Europe contemporaine: Les coulisses du politique à l'époque contemporaine – xixe-xxe siècles*. París: Armand Colin.

MOSCOVICI, Serge (1987). The conspiracy mentality. En Carl F. GRAUMANN y Serge MOSCOVI (eds.). *Changing Conceptions*. Nueva York: Springer.

NÉRÉ, Jacques (1959). *Le Boulangisme et la presse*. París: 1964.

NICOLET, Claude (1982). *L'idée républicaine en France*. París: Gallimard.

PALÉOLOGUE, Maurice (1955). *Journal de l'affaire Dreyfus, 1894-1899. L'affaire Dreyfus et le Quai d'Orsay*. París: Librarie Plon.

PARKER, Martin (2000). Human science as conspiracy theory. *The Sociological Review*, 48, 191-207.

PIPES, Daniel (1997). *Conspiracy: How the Paranoid style flourishes and where it comes from*. Nueva York: The Free Press.

POLIAKOV, Léon (2006) [1980-1985]. *La causalité diabolique. Essai sur l'origine des persécutions – Du joug mongol à la victoire de Lénine, 1250-1920*. Prefacio de TAGUIEFF, Pierre-André, París: Calmann-Lévy.

POPPER, Karl R. (2011) [1945]. *The open society and its enemies*. Prefacio de V. Havel. Nueva York: Routledge.

PRAT, Michel (1998). Georges Sorel et la décomposition du dreyfusisme. En Michel LEYMARIE (ed.). *La posterité de l'affaire Dreyfus*. Prefacio de A. Prost y conclusión de S. Bernstein. Villeneuve d'Ascq: Presses Universitaires du Septentrion.

REINALTER, Helmut (1998). Le rôle des «boucs émissaires» dans les théories du complot. En Marita GILLI (ed.). *Les limites de siècles. Lieux de ruptures novatrices depuis les temps modernes*. Besançon: Presses Universitaires Franc-Comtoises.

RÉMOND, René (1985) [1976]. *L'anticléricalisme en France de 1815 à nos jours*. Bruselas, Complexes.

RIOUX, Jean-Pierre (1998) [1994]. Naissance du XXe Siècle. En Winock, Michel (ed.), *L'Affaire Dreyfus*. París: Seuil, 285-292.

SAINT-BONNET, Blanc de. (1873). *La Légitimité*. París: Tournai Vve H. Casterman.

SAPIRO, Gisèle (2014). *La sociologie de la littérature*, París: La Découverte.

SCOTT, Peter Dale (1996) [1993]. *Deep politics and the Death of JFK*. Londres: University of California Press.

SCOTT, Peter Dale (2007). *The Road to 9/11: Wealth, Empire, and the Future of America*. Berkeley-Los Angeles: University of California Press.

SOREL, Georges (1909). *La révolution dreyfusienne*. París: Marcel Rivière.

STERNHELL, Zeev (1978). *La droite révolutionnaire, 1885-1914: Les origines françaises du fascisme*. París: Seuil.

STERNHELL, Zeev (1995). La culture politique de l'antidreyfusisme. En DENIS, Michel; LAGRÉE, Michel y VEILLARD, Jean-Yves (dirs.). *L'affaire Dreyfus et l'opinion publique en France et l'étranger*. Rennes: Presses Universitaires de Rennes, 67-76.

TAGUIEFF, Pierre-André. (2005). *La Foire aux «Illuminés». Ésotérisme, théorie du complot, extrémisme*. París: Éd. des Mille et Une Nuits.

TARDY, Jean-Noël (2015). L'Âge des ombres. Complots, conspirations et sociétés secrètes au XIXe siècle. París: Les Belles Lettres.

THIÉBOT, Émmanuel (2008). *Scandale au Grand Orient*. París: Larousse.

TOCQUEVILLE, Alexis de (1835). *De la démocratie en Amérique*, 2 vols. París: Gosselin.

TOUSSENEL, Alphonse (1847). *Les Juifs, Rois de l'époque: Histoire de la féodalité financière*, 2 vols. París: Gabriel de Gonet.

VALOIS, Georges (1908). Histoire d'un syndicat maçonnique. *Revue Critique des Idées et des Livres*, 3/16, 322-338.

VERDÈS, Jeannine (1965). La presse devant le krach d'une banque catholique: L'Union Générale (1882). *Archives de sociologie des religions*, 19, 125-156.

VOLTAIRE [François-Marie AROUET]. (1817) [1764]. *Dictionnaire philosophique*. 44 vols. París: Imprimerie de Fain.

WINOCK, Michel (1986). *La fièvre hexagonale: les grandes crises politiques de 1871 à 1968*. París: Calmann-Lévy.